

Merejkowski y los dioses

Merejkowski, a pesar del enunciado como postrimerías de sus obras “Muerte de los dioses” y “Resurrección de los dioses”, solamente se preocupa de un tema: el resurgimiento del paganismo en un ambiente histórico cristiano.

En realidad, las biografías noveladas de Juliano el Apóstata y Leonardo de Vinci, debieron escribirse bajo un título común, “La resurrección de los dioses”, porque en el siglo IV no muere ningún dios, ya estaban sepultados, y el Emperador trata de resucitarlos solamente. Y el Renacimiento italiano consiste en una repetición del acto de Juliano. En rigor, se trata de dos resurrecciones, con diez siglos de distancia, aunque de distinto siglo. En el siglo IV Juliano intenta galvanizar un cadáver tibio, una tradición momentáneamente interrumpida, pero lo hace en un ambiente densamente cristiano.

Por el contrario, en el Renacimiento, tanto el cristianismo como el paganismo carecían de vigencia. El neopaganismo se identifica con un “divertimento”, tomado muy en serio, artístico y literario. Si Juliano pretende recuperar la pureza de la moral pagana, plagiada por el cristianismo, el Renacimiento sólo se interesa en recobrar la literatura y el arte olvidados, “ya que no podía plantarse siquiera la cuestión de adoptar las creencias religiosas de los antiguos” (Burckhardt).

En Merejkowski la historia biografiada es una “*idee fixe*”, un pretexto para exponer los resultados de su mentalidad anticlerical y su preferencia por un mundo clásico, ambiguo e indeterminado.

El nexo de unión entre el Julianismo y el Renacimiento es el contraste entre la alegría y la tristeza, que produjo el cristianismo en un mundo donde “las pecadoras no se arrepentían todavía” (1). La tristeza del

(1) *La muerte de los dioses*. F. Sempere. Valencia, II - 5.

cristianismo. "Tú detestabas la risa, he aquí lo que no te perdonaremos nunca" (2), dice Juliano al Galileo.

Este claroscuro del ánimo es subrayado con fuerza por Merejkowski: "Mira todas esas gentes vestidas de negro, Juliano. Son las sombras de la noche, las sombras de la muerte. Dentro de poco no habrá un solo vestido antiguo blanco, ni un solo pedazo de mármol bañado por el sol..." (3). "Deidificar las soberbias esculturas de Fidias que respiran la belleza y la sabiduría olímpica. ¿No es más racional que inclinarse ante vigas de madera entrecruzadas, bochornosos instrumentos de tortura?" (4). "¿Quién entre los hombres podrá comprender y hacer comprender al mundo entero que la sabiduría del que tiene la frente coronada de pámpanos, es igual a la sabiduría de aquel que fué coronado de espigas?" (5).

Los cristianos únicamente encuentran una rara y espectral alegría en un extraño lugar: los cementerios. Que ya no son depósitos definitivos de muertos, sino salas de espera de la resurrección de la carne (6).

Esta mezcla de alegría y tristeza pagano-cristiana está magníficamente simbolizada en el Nacimiento de Venus de Botticelli: "el bellísimo cuerpo desnudo tenía la fascinación del pecado, mientras en los puros labios infantiles y en los ojos inocentes había una tristeza sobrehumana" (7).

El advenimiento del cristianismo, no solamente produjo el shock estético y psíquico descrito. El conflicto entre la Iglesia y el paganismo renacentista da origen a la primera crisis religiosa moderna, no social, sino en las personas, con la aparición del tipo del incrédulo, indiferente, de religiosidad externa, etc.

Hay que tener en cuenta que "los dioses se aburrían y se han ido" (8), es decir, que en principio el cristianismo enraiza en terreno neovirgen, sediente de simiente, y una vez aceptado por el poder imperial, sus únicos enemigos son las sectas que proliferan en su mismo cuerpo, las "ecclesiolas in Ecclesia" y Juliano, que es un desplazado, incluso en el helenismo. Su paganismo es netamente original. "Tanto los helenistas como los cristianos hubieran podido con razón llamarle el apóstata" (9), dice Merejkowski. Juliano cree en el cristianismo, como depositario fraudulento de una primitiva fe pagana. De aquí su angustia entre dos religiones que contienen verdad. Su angustia es moderna, a lo Unamuno: "Yo no puedo admitir que haya dos creencias", le dicen, y responde: "Entonces serás como todos los mortales y más vale perecer" (10).

(2) *La muerte de los dioses*. F. Sempere. Valencia, II - 279.

(3) *Ibid.* I-100.

(4) *Ibid.* II-190.

(5) *La resurrección de los dioses*. F. Sempere. Valencia, II - 87.

(6) *La muerte de los dioses*. F. Sempere. Valencia, I - 213.

(7) *La resurrección de los dioses*. F. Sempere. Valencia, I - 159.

(8) *La muerte de los dioses*. F. Sempere. Valencia, II - 184.

(9) *La resurrección de los dioses*. F. Sempere. Valencia, II - 86.

(10) *La muerte de los dioses*. F. Sempere. Valencia, I - 117.

En el Renacimiento no existe problema religioso; éste era entonces bella superficie, mera exterioridad. La Iglesia había aceptado los dioses de Juliano, pero desprovistos de toda fuerza vivificante, como escenografía, ambiente y circunstancia de una forma de vivir que intentaba restrenar. No obstante la coyunda falsa y la fricción real de las dos religiones, produce híbridos. Merejkowski hace decir a Maquiavelo: "Debimos aceptar o rechazar la doctrina de Cristo. Nosotros no hemos hecho ni una cosa ni otra y hoy nos encontramos con que no somos ni cristianos ni idólatras. No tenemos la fuerza necesaria para ser buenos y el mal nos infunde miedo" (11).

Sin embargo, estos dioses carnavalescamente resucitados, estaban preparando su venganza, la repetición de un suceso en un neo-Juliano eclesiástico y volvieron a marcharse, aburridos, cuando apareció el apóstata vindicativo: Martín Lutero.

JOSE LUIS LOPEZ CABANELA